



Raquel Cercós Raichs

<https://orcid.org/0000-0003-2830-9870>

University of Barcelona, Spain

e-mail: rcercos@ub.edu

Conrad Vilanou Torrano

<https://orcid.org/0000-0001-6094-1257>

University of Barcelona, Spain

e-mail: cvilanou@ub.edu

Self-education and Resilience: The Case of Agota Kristof (In an illiterate world we are always illiterate)

Autoformación y resiliencia: A propósito de Agota Kristof (En un mundo empalabrado siempre somos analfabetos)

Abstract

It is evident that we live in a world rich in languages and tongues. Such a situation determines that human formation is an open work, never completely finished, because there are always languages and tongues to be known. Hence, the human being can be considered a kind of illiterate, as the Hungarian writer Agota Kristof (1935–2001), who took refuge in Switzerland in 1956, wrote in a short autobiographical account, published posthumously (2004). The example of this author, who had to learn French in order to survive in Switzerland, shows how learning languages strengthens and prepares us to face and overcome extreme life situations.

Keywords: Literature, Pedagogy, world rich in languages, self-formation, resilience

Resumen

Es evidente que vivimos en un mundo empalabrado, rico en lenguas y lenguajes. Tal situación determina que la formación humana sea una obra abierta, nunca acabada del todo, porque siempre quedan lenguas y lenguajes por conocer. De ahí que el ser humano pueda ser considerado una especie de analfabeto, tal como la escritora húngara Agota Kristof (1935–2001), que se refugió en Suiza en 1956, dejó escrito en un breve relato autobiográfico, publicado póstumamente (2004). El ejemplo de esta autora, que tuvo que aprender francés para poder subsistir en Suiza, muestra cómo el aprender lenguas y lenguajes nos fortalece y prepara para hacer frente y superar situaciones vitales extremas.

Palabras clave: Literatura, Pedagogía, mundo empalabrado, autoformación, resiliencia

Introducción

Hace unos años el padre capuchino Jordi Llimona escribió un libro que tituló *Siempre nómadas* (1973). Entonces, se mantenía una polémica entre aquellos que defendían las virtudes del sedentarismo y aquellos otros que, como Llimona, abogaban por un mundo presidido por el nomadismo, una realidad que la globalización no ha hecho más que corroborar. De hecho, el nomadismo también tiene relación con los exilios y las diásporas, con los desterrados y perseguidos, siempre presentes en la historia. De tal manera, que aquel libro de Jordi Llimona nos ha inspirado el título de este trabajo que constata que el ser humano vive en un mundo empalabrado, donde se dan lenguas y lenguajes, y que por razón del nomadismo que nos hace ir de un lugar a otro, como verdaderos transterrados – en el mundo hay millones de exiliados, desplazados y refugiados – nos obliga a ser siempre analfabetos. De ahí el interés de la breve narración *La analfabeta*, de la escritora húngara Agota Kristof (1935–2011), una autora que conoció al final de su vida el reconocimiento por su obra *Claus y Lucas*, que reúne la trilogía formada por *El gran cuaderno* (1986), *La prueba* (1988) y *La gran mentira* (1991), libros que se han traducido a más de treinta lenguas diferentes.

Por lo demás, el ser humano presenta un proceso de autoformación, de antropogénesis al decir del profesor Octavi Fullat (2003), que no concluye nunca, que siempre permanece abierto, lo cual posibilita una perspectiva hermenéutica en el sentido que el ser humano es receptivo a cuantas vivencias y experiencias sean significativas para su formación, o, mejor aún, su autoformación. Por su parte, Romano Guardini, que lideró el movimiento juvenil del *Quickborn*, escribió para la formación de la juventud sus conocidas cartas, dirigidas a los jóvenes alemanes, entre 1921 y 1924. Entre otras cosas, Guardini señaló: «El hombre se forja a sí mismo un destino y le es lícito luchar hasta el último aliento para que ese destino sea ancho y hermoso» (Guardini, 2000, p. 103). Guardini también apunta en la dirección ya señalada por Fullat, en el sentido de que el hombre es libertad y apertura. Pero no por naturaleza, sino que debe conquistar en cada momento esta libertad (Guardini, 2000, p. 119), sobre la base de que «tenemos que llegar a conocernos a nosotros mismos». (Guardini, 2000, p. 120). Además, Guardini, preocupado por la formación espiritual de la juventud, indicaba algunas de las estrategias a seguir: silencio, soledad, descanso y espera como caminos hacia dentro (p. 142). Junto a esto, Guardini remarcaba la importancia de la lengua que es comunidad, que «hace que exista un ámbito común en el que los hombres puedan estar y actuar» (Guardini, 2000, p. 173). Dicho de otro modo: gracias a la palabra el ser humano crea la vida colectiva, el Estado (Guardini, 2000, p. 174). Cuando existe tiranía –como la que aconteció en Hungría con las ocupaciones nazi y soviética– la palabra queda destruida (Guardini, 2000, p. 178).

Si nos centramos en la obra de Agota Kristof, es obvio que desde una perspectiva pedagógica nos interesa el juego de espejos que se establece entre *La analfabeta* y *El gran cuaderno*, que como hemos avanzado forma parte de la trilogía *Claus y Lucas*, dos obras en las que nuestra protagonista refleja muchos episodios autobiográficos, que se pueden completar con la lectura de *Ayer*, un relato también vivencial. De su trayectoria vital, hay que resaltar el periodo de la infancia, que coincidió con los estragos de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por los acontecimientos que se dieron entre 1944 y 1945. No en vano, la biografía de Agota Kristof nos remite a la historia reciente de Hungría que después de conseguir

la independencia del imperio austro-húngaro en el Tratado de Versalles (1919) –una paz cartaginesa, según John Maynard Keynes– fue dirigida por el régimen autoritario del almirante Miklós Horthy que, como regente de una monarquía sin rey, gobernó el país entre 1920 y 1944, cuando claudicó ante los nazis, lo que provocó la invasión del país por las tropas de la Wehrmacht. En aquella coyuntura, Hungría, se convirtió en un apéndice del III Reich con el gobierno títere de Ferenc Szálasi, líder del Partido de las Cruces Flechadas –los nazis húngaros– que desencadenó todo tipo de tropelías, con una persecución sistemática de judíos entre 1944 y 1945. Es bien conocido que entonces el Danubio –que Magris ha descrito con sus paisajes– se transformó en un río de dolor, dado que las víctimas de la represión caían a las aguas fluviales por los disparos de los asesinos. El «monumento de los zapatos» que se erigió en 2005 en la orilla del río es un testimonio impresionante de aquellas atrocidades. Se ha dicho que Budapest se convirtió en una ciudad mártir que recuerda los sufrimientos que Varsovia soportó, ciudades que sufrieron la represión nazi y los excesos de la entrada soviética, sin perder de vista la persecución de los judíos que el embajador español Ángel Sanz-Briz y el italiano Giorgio Perlasca, que se hizo pasar por cónsul español, intentaron poner a salvo, cosa que consiguieron desgraciadamente solo en parte.

No podemos orillar que diferentes autores (Sándor Márai, Arcadi Espada, etc.) han dejado constancia de aquel horror que sacudió la infancia de Agota Kristof que vivió aquellos años en Kőszegi, en una zona rural cerca de la frontera con Austria, cuando la madre se quedó en la capital y el padre marchó al frente. Allí, en aquella población, existía una importante comunidad judía que fue la última que se deportó a Auschwitz y también un campo de trabajo donde murieron docenas de personas que, en los últimos instantes, fueron obligadas a emprender una de las marchas de la muerte, sin contar con la epidemia de tifus, que ya había disminuido la población reclusa. Por lo tanto, Agota vio cómo tras la ocupación de las tropas germánicas, el Ejército Rojo liberó Hungría para imponer un régimen totalitario que practicaba una política de rusificación que afectó al mundo educativo. Naturalmente, este doble proceso –primero de germanización y más tarde de rusificación– hizo que Kristof, como el resto de húngaros,

sufrieran el yugo de las potencias extranjeras, lo que determinó que en la escuela pasaran en pocos años de estudiar el alemán al ruso, el idioma de la nueva ideología hegemónica, que había impuesto el Partido Comunista magiar. Mientras tanto, los húngaros –que ya se habían levantado contra los austríacos en más de una ocasión– protagonizaron en otoño de 1956 un movimiento de revuelta, en favor de la independencia nacional, que ocasionó treinta mil muertos, al ser sofocado por los tanques rusos con la excusa de la firma del Pacto de Varsovia (1955).

Fueron unos acontecimientos que sacudieron la vida europea, en plena Guerra Fría, y que los noticiarios cinematográficos como el NO-DO difundieron con diversos reportajes sobre la Hungría-mártir, un país sacrificado y víctima del bolchevismo (NO-DO, n.723A. del 12 de noviembre de 1956; NO-DO, n.723B. del 12 de noviembre de 1956; NO-DO, n.724A. del 19 de noviembre de 1956; NO-DO, n.724B. del 19 de noviembre de 1956). De esta manera, en Occidente, la causa de Hungría fue la causa de la humanidad, según proclamaba el NO-DO, n.725A. del 26 de noviembre de 1956, mientras informaba del éxodo de población civil hacia Austria y del refugio del cardenal Mindszenky en la legación de los Estados Unidos, donde permaneció refugiado durante muchos años (Mindszenky, 2009). Así se recogió la noticia sobre la entrada del cardenal Mindszenky en la legación de los Estados Unidos, donde permaneció protegido hasta 1971, año en que salió del país. Hay que recordar que el primado de Hungría era prisionero de los soviéticos desde hacía ocho años, si bien fue liberado por los patriotas magiares en los días que estalló la revolución de 1956 contra los comunistas viéndose obligado a solicitar asilo a la embajada americana después de la invasión de los tanques soviéticos (NO-DO, n.725A. del 26 de noviembre de 1956).

Con este panorama, Kristof decidió huir de Hungría con su esposo, que había sido su profesor de historia, y con quien se casó cuando tenía diecinueve años, y una niña de cuatro meses, atravesando clandestinamente la frontera con Austria el 27 de noviembre de 1956. A pesar de que América era el destino buscado, Agota se vio obligada a iniciar una vida de refugiada que la llevó hasta Suiza, a Neuchâtel, donde trabajó en una fábrica de relojes, una tarea mecánica que le permitía soñar con la literatura,

un campo que la había atraído desde época bien temprana, pues tenemos constancia de que escribía desde los trece años. Ahora bien, y ante la necesidad de aprender francés, Agota durante cinco años no pudo leer. «Cinco años después de haber llegado a Suiza, hablo francés, pero no lo leo. Me he convertido en una analfabeta. Yo, la que sabía leer cuando tenía cuatro años» (Kristof, 2015, p. 56). Además, en Suiza empezó a vivir un desierto social y cultural, si bien el francés fue –por un azar vital– la lengua que la convirtió en una escritora de alcance mundial. «Estoy obligada a escribir en francés. Es un desafío. El desafío de una analfabeta» (Kristof, 2015, p. 57). Por la propia dinámica histórica, Kristof arrinconó la lengua húngara, si bien al final de su vida la continuaba hablando, aunque la escribía con algunas faltas.

El itinerario personal de Agota Kristof. Entre la palabra y la escritura

A través de la lectura de su obra, buena parte de los cuales han sido traducidos, tomamos conciencia de que vivimos en un mundo empalabrado, circunstancia de gran repercusión pedagógica, dado que como ha dicho el profesor Enric Prats, la literatura y la pedagogía siguen vidas paralelas, porque «la buena literatura, además de narración y magia, contiene una lección» (Prats, 2016, p. 13). Propiamente, la literatura permite una comprensión o lectura pedagógica que puede contribuir, sin lugar a dudas, a la formación humana. De modo que su basamento teórico no hay que buscarlo solo en la filosofía como muchos pedagogos han expresado, como Fichte y Dilthey, sino también en la literatura, una tendencia que se agudizó cuando la postmodernidad impugnó –Lyotard fue sin duda uno de los apóstoles del postmodernismo– las grandes narrativas, desde el cristianismo al marxismo, que habían dado sentido a la historia de Occidente. Es obvio que este giro narrativo es fruto, a su vez, de otros dos giros, que se implican mutua y recíprocamente. Nos referimos, como es lógico, al giro lingüístico que fue proclamado por la filosofía de Richard Rorty (*The linguistic Turn*, 1967) y por el giro hermenéutico

que autores como Hans-Georg Gadamer y Octavi Fullat han aplicado a la pedagogía, a la vez que proclaman que la educación siempre significa un proceso de autoformación, inherente a la tradición del ideal formativo (*Bildung*) de la Alemania neohumanista (1780–1830), presente en Goethe y en la mayoría de novelas de formación (*Bildungsroman*), una idea que de una u otra manera también se puede encontrar en el pensamiento de Agota Kristof.

Bien mirado, las historias de Agota Kristof nos dan cuenta de la importancia del lenguaje, lo que en su caso viene avalado por el hecho de que vivió en casa la atmósfera de los rituales escolares, porque su padre era el único maestro del pueblo durante su infancia en tierras magiares. Se puede añadir que el estilo de Kristof es breve y conciso, casi telegráfico. Todo es directo y punzante, y aunque a veces parece el reflejo de una realidad que es descrita sin más, detrás de sus palabras se esconden las contradicciones de la condición humana y, muy especialmente, la tragedia de Europa, es decir, el derrumbe de un continente que tras la contienda bélica (1939–1945) experimentó la Guerra Fría, con tensiones culturales e ideológicas que sometieron naciones como Polonia, Checoslovaquia y Hungría al dictado del imperialismo soviético que aún hoy es justificado, a través de un ejercicio de empatía hermenéutica, por algunos historiadores que hacen el esfuerzo de comprender el estalinismo (García Voltá, 2012). En este punto, podemos añadir que Agota recuerda cómo vivió en la escuela el día de la muerte de Stalin (1953), una prueba palpable del adoctrinamiento ideológico que terminó con la creatividad del pensamiento libre.

De tal forma que resulta evidente que la analfabeta –personificada en Agota Kristof– da cuenta y razón sobre cómo vivió en Hungría en plena guerra, cuando el padre estaba en el frente, circunstancia que la familia agradeció por su carácter autoritario, mientras la madre permaneció en Budapest. En este ambiente, ella y su hermano, se transformaron en unas pequeñas fieras salvajes que vivían en el hogar de una abuela imaginaria que no conocía los beneficios de la higiene y que, además, no sabía leer. Hay que tener en cuenta que nuestra autora siempre mezcla la realidad con la ficción, si bien podemos considerar que este estado

de libertad robinsoniana permitió que Agota y su hermano –que en *Claus* y *Lucas* son gemelos– vivieran unas historias a menudo extrañas, tal vez mágicas, y, lo que no es menos importante, practicaban pruebas de endurecimiento con ayunos, ejercicios de ceguera y sordera, de inmovilidad hasta llegar a extremos insospechados, con algunas escenas ciertamente cruentas, como la historia del ahorcamiento del gato, y personajes marginales, como la chica de la cara de conejo. En estas pruebas, se detecta el instinto de supervivencia y de defensa cuando se vive en unas circunstancias hostiles, con el trasfondo de la guerra, sin ningún tipo de seguridad y la presencia en su casa de un oficial alemán.

No puede sorprender, pues, que alguien como Agota, apasionada por la lectura y la escritura, recuerde en sus obras, siempre con referencias autobiográficas, los años escolares. Ahora bien, aquellos años de estudio se interrumpieron por causa de la guerra y los hermanos optaron por seguir un proceso de autoaprendizaje para ir a parar, finalmente, a un internado de la época soviética, en plena etapa estalinista. En este contexto, palabras concretas como yeso, tinta, papel, cuaderno, lápiz, ponen de relieve cuáles son los objetos que configuran un universo escolar que enfatiza la importancia de la lectoescritura. A su vez, este universo escolar necesita el complemento de otros escenarios como puedan ser papelerías, librerías, bibliotecas públicas y privadas, como la del cura del pueblo, para conseguir libros. Nada extraño, pues, que Kristof destaque la importancia de tres herramientas escolares básicas, a saber, la Biblia, el Diccionario y el cuaderno escolar, a las que en algún momento añade la enciclopedia.

Para nuestros estudios contamos con el diccionario de nuestro padre y la Biblia que hemos encontrado aquí en casa de la abuela, en el desván.

Damos lecciones de ortografía, de redacción, de lectura, de cálculo mental, de matemáticas y hacemos ejercicios de memoria. Usamos el diccionario para la ortografía, para obtener explicaciones y también para aprender palabras nuevas, sinónimos y antónimos.

La Biblia sirve para la lectura en voz alta, los dictados y los ejercicios de memoria. Nos aprendemos de memoria, por tanto, páginas enteras de la Biblia. (Kristof, 2007, p. 30)

Como vemos, se trata de toda una declaración formativa en que la Biblia, el libro que se leyó intensivamente durante siglos, sobre todo después de la Reforma luterana, ocupa una centralidad manifiesta. Esto significa que una vez leída se empezaba de nuevo, en hogares donde había pocos libros, e incluso donde no todos sabían leer. De tal manera que este universo escolar y cultural se convierte en la clave de bóveda de un sistema de autoaprendizaje que recuerda al método de Jacotot, aunque ambos hermanos no partían de la nada.

Vamos al colegio durante dos años y medio. Los profesores se van también al frente y les substituyen profesoras. Más tarde cierra la escuela, hay demasiadas alertas y bombardeos. Sabemos leer, escribir, y calcular.

En casa de la abuela decidimos proseguir nuestros estudios sin profesores, solos. (Kristof, 2007, p. 17)

Así las cosas, y dado que vivimos en un mundo empalabrado, la presencia del diccionario se hace imprescindible, ya que constituye una herramienta necesaria para conocer la ortografía y el significado de las palabras. También, y junto a la Biblia y el diccionario, se debe mencionar el cuaderno escolar, que da título al primer libro de la trilogía *Claus y Lucas*, nombres ficticios de Agota y de su hermano. En relación a este último punto, cabe decir que Agota en el instituto escribía un diario en húngaro, de manera que los objetos necesarios para el estudio son considerados un tesoro guardado en el desván. «La Biblia, el diccionario, el papel, los lápices y el cuaderno grande, donde todo está escrito» (Kristof, 2007, p. 105). En fin, estos utensilios configuran una especie de fetichismo por la lectura y la escritura, una especie de obsesión presente desde la infancia, un tesoro que hay que preservar y conservar hasta el último momento. No por azar, en muchas casas se guardan todavía hoy los diccionarios

escolares, algunas ediciones de la Biblia y, sobre todo, cuadernos escolares antiguos, como una verdadera reliquia del pasado.

De ahí que Kristof describa un itinerario personal que transita de la palabra a la escritura, con episodios destacables como cuando ingresó en un internado a los catorce años, en un momento histórico en el que Hungría ya giraba en la órbita soviética. En efecto, conviene consignar que entonces, en 1949, los comunistas ya habían convertido Hungría en un país satélite de la URSS, hasta el punto que la educación en aquella coyuntura implicaba un adoctrinamiento a través de los libros de «lectura obligatoria». Así las cosas, después de la liberación soviética, la prioridad de las lenguas también cambió y el ruso ocupó un lugar central. «En los colegios, el idioma de nuestros libertadores es obligatorio, mientras que las demás lenguas extranjeras están prohibidas» (Kristof, 2007, p. 139). Es fácil entender cómo Agota, encerrada en un internado, experimentó un estado de soledad, al permanecer alejada de la familia, mientras el padre estaba en la cárcel. Así se acabó la libertad de movimientos bajo un régimen escolar disciplinario, mientras el frío atenazaba los alumnos en el aula. «En la escuela nos quitamos los abrigos y nos levantamos a hacernos ejercicios gimnásticos para calentarnos cada cuarto de hora» (Kristof, 2015, p. 32). Y en medio de todo ello, Agota –desde una radical afirmación de su yo– comienza a escribir sketches después de haber leído mucho, primer paso de las obras de teatro que escribirá en Suiza.

Naturalmente, en aquel internado que seguía las orientaciones comunistas la lengua que se había impuesto era el ruso, que así entraba en contradicción con el húngaro, una lengua urálica que emplea el alfabeto latino y no el cirílico. En este punto, hay que recordar que Hungría fue un país cristianizado, lo que explica la importancia de la Biblia para nuestra autora que –se quiera o no– se mueve dentro de los parámetros de la cultura del libro (García-Pelayo, 1997). En todo caso, no era la primera vez que nuestra protagonista se dio cuenta de que existían otras lenguas, porque durante su infancia había escuchado el habla de los gitanos, que eran estigmatizados por la sociedad húngara y que fueron perseguidos por los nazis. Tampoco hay que perder de vista que Agota vivió en la zona fronteriza de Kőszegi, donde residía una minoría alemana, por lo que era

consciente de que existían varios idiomas. Con este telón de fondo, Kristof considera que hay lenguas enemigas como el alemán, que desde la época del imperio austríaco había sido impuesta a los húngaros, a pesar del compromiso (*Ausgleich*) de 1867 que dio lugar a la monarquía dual o bicéfala austrohúngara (Fetjő, 2016). Si antes la lengua dominante era la germana, con los soviéticos se imponía el ruso que nadie conocía, ni los maestros húngaros, que tuvieron que adaptarse precipitadamente gracias a cursos acelerados. Desde este prisma, la Unión Soviética ejerció a los ojos de Agota una función etnocida, porque aparte de imponer una economía planificada y una ortodoxia filosófica, intentó ahogar las culturas y las identidades nacionales de los diversos países (Kristof, 2015, p. 40). Es decir, la educación se rusificó no sólo lingüísticamente sino también en cuanto a los contenidos, al ser contaminados ideológicamente, hasta el extremo de afirmar que «de las escuelas sale una generación de ignorantes» (Kristof, 2015, p. 36).

A los veintiún años, en 1956, Agota Kristof llegó a Suiza sin conocer el francés, que primero aprendió a hablar y, años después, a escribir. Entonces se sintió como si fuese una vagabunda, sin poderse identificar en ningún pueblo, por lo que tuvo que salir en búsqueda de una nueva identidad, en tierra extraña y rodeada de un lenguaje desconocido. Tal como ella reconoce, se encontraba inmersa en una especie de desierto, en medio de grandes dificultades económicas, dado que además se había separado de su esposo, mucho mayor que ella. Mientras tanto, la situación de los húngaros en el extranjero se hacía insostenible y algunos retornaban a pesar de las represalias del régimen comunista y otros se quitaban la vida. Así fue testigo de varios suicidios de gente cercana.

La autopsia demostró que Vera se había envenenado con somníferos.

Nuestra primera muerte.

Otras se sucederían poco después.

Robert se cortó las venas en su bañera.

Albert se colgó dejando sobre su mesa una nota escrita en nuestro idioma: «Quedáis despedidos».

Magda peló las patatas y las zanahorias, luego se sentó en el suelo, abrió el gas y metió la cabeza en el horno.

Cuando por cuarta vez se hace una colecta en el bar, el camarero me dice:

—Ustedes, los extranjeros, se pasan la vida haciendo colectas para comprar coronas, se pasan todo el tiempo en entierros.

Yo le respondo:

—Cada uno se entretiene como puede. (Kristof, 1998, *Ayer*, p. 35)

Con todo, ella luchó hasta convertirse en una escritora de obras de teatro que se representaban en cafés y que se leían en audiciones radiofónicas, de acuerdo con los sketches elaborados durante los años de escolaridad en el internado. Aparte, escribió un libro que envió a tres editoriales conocidas y, finalmente, Seuil aceptó publicar la trilogía *Le grand cahier* (1986), *La Preuve* (1988) y *Le troisième mensonge* (1991), que conforman el volumen de *Claus y Lucas*.

Igualmente, otro aspecto a tener en cuenta estriba en considerar la distancia que se da en su literatura entre la realidad y la ficción literaria, entre la historia y el sueño onírico. Tanto más cuando a menudo se asiste a una cierta banalización de las palabras, como ella reconoce. Aunque no podemos profundizar en este aspecto, conviene fijar la atención en la cuestión de la verdad y la mentira, siempre en el umbral entre la apariencia y la realidad, porque en última instancia la verdad también es una invención a través del engaño, que los dos hermanos practicaron a menudo y que Kristof adopta como técnica narrativa. Después de todo, la última obra de la trilogía se titula *La tercera mentira*, en un contexto en que la verdad se difumina como sucede en el mundo postmoderno en el que lo que más interesa es que las cosas sean verosímiles, al margen de si son verdaderas o no. En la entrevista con Riccardo Benedettini reconoce que la abuela es un personaje inventado, «pero su trabajo no lo es» (Kristof, 2019a, p. 77). En la tergiversación siempre permanece algo real y así la línea de demarcación con la realidad se ha diluido hasta hacerse intangible. Hay que añadir, además, que en el mundo postmoderno la frontera entre verdad y mentira, entre certeza e incertidumbre ya no existe, porque

después de la experiencia de los totalitarismos probablemente no hay ningún fundamento (*Grund*) sólido que aguante un mundo que se ha hecho líquido y en el que Dios se ha hecho escurridizo, más aún para una persona como Kristof que vive el descreimiento. En último término, todo son palabras, únicamente palabras, que a fuerza de repetirlas han perdido su significado original, su fuerza originaria.

Conclusión

Podemos colegir que para Kristof el mundo no tiene un sentido trascendente, porque su vida nómada, de húngara errante, la convenció de que el ser humano siempre se encuentra en camino, en tránsito, como si se tratara de un peregrino, una nómada sin otra seguridad que el lenguaje que nos hace siempre analfabetos, porque cuando parece que dominamos una lengua necesitamos otra. El sueño esperantista del Dr. Zamenhoff, un judío polaco que conocía el ruso, continúa siendo una quimera que ha sido imposible llevar a la práctica, salvo algunos círculos minoritarios como los libertarios que propugnaban un ideario internacionalista y pacifista en la línea de Comenio y Leibniz. Y aunque el inglés se ha convertido en una nueva koiné universal, lo cierto que vivimos en un mundo en que conviven infinidad de lenguas y de lenguajes (filosófico, político, técnico, etc.) que nos postra en una situación de indigencia permanente (Ortega, 1966), de analfabetismo sempiterno, de nomadismo lingüístico (Steiner, 2002).

De cualquier modo, hay que notar, que a la vista de lo que escribe Agota Kristof, la vida solo tiene sentido a través de la lectura y la escritura, gracias a la Biblia y a los diccionarios, los lápices y los cuadernos escolares. Añadamos una apostilla final. Para Kristof tampoco hay esperanza escatológica, de modo que el Logos del Evangelio de Juan, según el cual Dios se ha hecho Verbo y Palabra, no es más que otra ficción literaria. Ciertamente, en la literatura de Kristof se detecta un nihilismo que no es trágico sino vital, que surge de las peripecias del siglo XX. No obstante, para hacer soportable este nihilismo contamos con la ayuda de la lectura

y de la escritura, que así se convierten en dos técnicas de supervivencia, mucho más que simples terapias, que ayudan al curso de la vida con valentía y dignidad. En definitiva, los seres humanos estamos condenados a ser unos analfabetos impenitentes que peregrinamos por el mundo en busca de un sentido que se encuentra de una manera empalabrada. No en vano, Heidegger en la *Carta sobre el humanismo* (1946), tras leer poetas como Hölderlin, ya afirmó que el lenguaje es la casa del ser.

Con todo, no acaba aquí la cosa porque justamente el hecho de que el ser humano viva una realidad empalabrada, entre lenguas y lenguajes, permite que pueda ser resiliente ante la adversidad y sobreponerse, aunque sea aprendiendo una nueva lengua, como tuvo que hacer Agota Kristof en circunstancias poco favorables. Por ello, la palabra dicha y escrita contiene un potencial enorme que puede ayudar en la formación humana no solo para ser más competentes en el dominio lingüístico, sino también para poder superar las situaciones límites. En fin, la lectura de las obras de Agota Kristof es muy recomendable para nuestros alumnos universitarios, en aras a alcanzar aquella mayoría de edad –o empoderamiento– necesario para que devengan personas resilientes y puedan enfrentarse, como ella hizo, contra el infortunio y la adversidad, especialmente si se mueven en un plano intramundano.

Referencias

- Espada, A. (2013). *En nombre de Franco. Los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi*. Espasa.
- Fetjö, F. (2016). *Réquiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*. Encuentro.
- Fullat, O. (2003). L'educació és antropogènesi. *Revista Catalana de Pedagogia*, 2, 131–161.
- Fullat, O. (2016). *Impertinentes. El desgarró de pensar*. Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Gadamer, H.-G. (2000). *La educación es educarse*. Paidós.
- García-Pelayo, M. (1997). *Las culturas del libro*. Fundación Manuel García-Pelayo.
- García Voltá, G. (2012). *Comprender el estalinismo*. Ediciones Carena.
- Guardini, R. (2000). *La formación de sí mismo*. Ediciones Palabra.
- Kristof, A. (1996). *Ahir*. Edicions de la Magrana.
- Kristof, A. (1998) *Ayer*. Edhasa.
- Kristof, A. (2007). *Claus y Lucas*. Traducción de Ana Herrera y Roser Balagué. El Aleph editores.
- Kristof, A. (2015). *La analfabeta. Relato autobiográfico*. Prólogo de Josep Maria Nadal Suau. Alpha Decay.
- Kristof, A. (2019a). *L'analfabeta*. Seguit de «Conversa amb Agota Kristof», una entrevista de Riccardo Benedettini. Traducció de Montserrat Solé Serra. Barcelona. Ara Llibres.
- Kristof, A. (2019b). *Claus i Lucas*. Traducció de Sergi Pàmies. Ara Llibres.
- Llimona, J. (1973). *Siempre nómadas*. Península.
- Mindszenty, J. (2009). *Memorias*. Palabra.
- Prats, E. (2016). *Aprender de lletres. Literatura i pedagogia, vides paral·leles*. Edicions Universitat de Barcelona.
- Steiner, G. (2002). *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*. Siruela.
- Vilanou, C., Cercós, R., y de la Arada, R. (2017). Pequeña rapsodia húngara. Las confesiones burguesas de Sándor Márai y otras narraciones de la vieja Europa. *Ars Brevis*, 23, 243–195.